

zó á hallarse peor que solia, y conociendo que ya se llegaba el término de sus trabajos, como algunos meses antes lo escribió á doña Leonor Mascarenas, despidiéndose de ella y diciéndole que aquella seria la postrera carta que le escribiría, y que él desde el cielo la encomendaría mas de veras á Dios, se volvió á la casa de Roma.» Segun confesion de los mismos jesuitas, la fiebre, de que murió San Ignacio, reinaba como una calamidad estacional entonces, además de reinar allí siempre por natural razon del clima y de sus aires. Dentro de su colegio mismo habia muchos enfermos. Sobrecogióle pues una, enfermedad regional, estacional, agravada por los sesenta y cinco años de vida que tenia, por los antiguos achaques y dolores que soportaba, y por la triste afliccion que á su ánimo traía el pensar en aquella batalla mortal entre sus dos poderosos monarcas, á los cuales, además de hallarse obligado por español y por católico, se hallaba por razon de su doctrina, de su liturgia, de su religion, de su escuela, fundadas todas en el duro código de la mas estricta y rigurosa obediencia.

La casa matriz de los jesuitas en Roma estaba, por aquel julio de 1556, convertida en verdadero hospital. El mismo Padre Lainez, destinado á heredar la grande autoridad de Ignacio, agonizaba desahuciado de los médicos, quienes le creían cercano al trance último sin remedio. Los jesuitas mas jóvenes parecían mas propensos á contraer el envenenamiento natural, por la mucha ponzoña diluida en los aires. Pacientísimo Ignacio; avezado al dolor desde sus primeros años; con la tenacidad por primera virtud, con esa tenacidad cuya fuerza solo se prueba en los grandes dolores; no profería una queja, y por consiguiente no llamaba sobre su estado la solícita natural atencion de sus discípulos. Flaco y demacrado; pegada la piel á los huesos descoyuntados; febriles los ojos, yertos los labios, hacia ya mucho tiempo que Ignacio realizara en sí mismo su doctrina y convirtiera su persona en el cadáver encerrado dentro de sus contemplaciones y de sus ejercicios. Aunque la fiebre palúdica, tan devastadora del humano cuerpo, le devoraba y consumía; como los estragos del dolor, de la penitencia, del ayuno, de la maceracion, de la vigilia eran de suyo tan patentes en él, ni aun llegado á cadáver frio, hubiera parecido como parecia de antiguo á cuantos le miraban, tan muerto. Por consecuencia, ni él se quejó absolutamente á nadie; ni nadie

echó de ver que agonizaba y se moría. Pero el estudio de sus achaques y dolores, el conocimiento de su persona, los tránsitos del calor al frio y del frio al calor, los vértigos de su cabeza en la cual se iba la razon extinguiendo, el desórden de los nervios, las angustias de la respiracion mostráronle cómo sus días estaban contados y cómo iba sobre todo él, á mas andar, en aquellos momentos supremos, la noche de la muerte. Muy experto, por sus observaciones psicológicas y fisiológicas, en el conocimiento de la vida; sabiendo cómo se pierde toda memoria y todo recuerdo en las horas supremas de la muerte; cómo se vuelven á los ejercicios religiosos de todo en todo indiferentes aun las almas de mayor piedad y fe; apercibióse para el eterno viaje con previsora y prudente anticipacion. Así confesóse y comulgó, cuando estaba en el pleno dominio de su alma, y en el completo ejercicio de su voluntad y de su inteligencia.

Y una vez confesado y comulgado, llamó aparte al padre Polanco, muy su amigo, con quien departía frecuentemente de todo aquello mas necesario á la Orden, y le dijo que se preparase al acontecimiento próximo de su inevitable muerte. Al ver á Ignacio tan sereno y sosegado, no quiso asentir Polanco á su temor; y le respondió que desistiese de tales aprensiones; y pensase con mejor acuerdo en vivir, por lo muy necesaria que su vida era tanto á la Compañía como á la Iglesia. Pero Ignacio, á esta observacion, meneó la cabeza con mayor sosiego aun, y dijo que le quedaban pocas horas de verdadera estada en este mundo, y que habia menester para pasar al otro las absoluciones irrevocables del Papa y la remision de todos sus pecados; por lo cual llamábale á su presencia y le pedía que fuese á ver al Pontífice Supremo en demanda y requerimiento de la indispensable absolucion. Hubiérale, de grado, prevenido Polanco á Ignacio que no le hallaba en trance de muerte; pero el respeto inspirado por el padre á todos sus hijos espirituales; y el voto, por estos prestado, de ciega conformidad con sus designios y rendida obediencia servil á sus mandatos, llevaron inmediatamente á Polanco al Vaticano, para expresar los deseos de Ignacio y pedir la indispensable absolucion. Envióla el Pontífice, y prometió el fundador que si Dios se apiadaba de él, segun esperaba de la piedad mostrada por su Vicario en la tierra, cuando él estuviese ya en el santo monte de la gloria, pediría por quien, al

absolverlo en aquel trance supremo, le franqueara las puertas de tan divina region.

Lo mas raro del caso estaba en que nadie creia á Ignacio enfermo y moribundo. Por mas que al rostro le miraban, no le veian alterado; ni notaban de ningun modo en él aquellos presagios de muerte, que salen á la cara en todas las agonías. El fundador por su parte mostrábase con la serenidad, que se adquiere por todos los héroes en las batallas, cuando ánimo y pensamiento llegan á familiarizarse con la muerte. Uno de sus mas ardientes discípulos, al ver cómo insistia en la proximidad del trance último, desconociendo completamente su naturaleza heroica, túvole por temeroso y aprensivo. Bien es verdad que arreglaba el santo las cosas diarias en aquel supremo trance con tal muestra de cuidado y tal prolijidad de minuciosidades y detalles, que no parecia cercano á la insondable y temible eternidad. Los mismos desvelos que todos los días, los mismos encargos, el trabajo habitual y el habitual celo dábanle á él aspecto de continuar mucho tiempo todavía en la tierra, como daban á sus discípulos seguridad y evidencia de que Dios no le llamaba en aquellos días para sí. Perplejos entre las seguridades que daba el padre de acercarse la hora postrera y la evidencia que tenían de la tranquilidad de su semblante, decidieron no curarse por aquel día de una increíble aprension, y aguardar á ver, si en los días subsiguientes cambiaban las ideas tristes, y volvía Ignacio á creerse llamado aun á vivir mucho tiempo en medio de los suyos.

Amaneció el día treinta y uno de julio del año 1556; y á sus albores comenzó á sentir Ignacio las ansias precursoras de su trance último. Desasegados los discípulos y cofrades al sacudimiento de las emociones producidas por los sucesos del anterior día, madrugaron á una en aquel postrero, y circundaron la cama del enfermo. Los presagios de este habíanse cumplido con exactitud matemática. Llegábale á la garganta el ahogo de la respiracion, y á la vista el arrebol último de la vida. La cabeza caíasele atrás; y las extremidades se le enfriaban como si la calurosa vida animal degenerara en la helada inercia mineral. Apurados los circunstantes quisieron darle alguna sustancia ó caldo, con que mantenerlo; y díjoles en balbucientes palabras cortadas por siniestros y roncros resuellos cómo ya no era propia hora de

semejante auxilio. Por fin la vida se reconcentró en el rostro para lanzar su llamarada última. Enrojeciósele la faz, como suelen las nubes por los resplandores del ocaso heridas, enrojecerse; relampaguearon sus ojos, cual si estuviera metido en alguna gran batalla de Cristo con Belial; su pecho volvió á ser la candente fragua que lanzara pasiones caldeadas en los combates á cuerpo; alzaronse sus brazos al cielo como suelen alzarse los brazos de los naufragos á la hora de perderse y extinguirse inertes entre los remolinos del mar; y un estertor terrible, como que desgarró todo su cuerpo, al salirse para otras regiones aquel espíritu bravío de guerra y de lucha, llegado, despues de haber esgrimido en titánicas empresas las armas y las ideas, como los genios apocalípticos sus espadas de fuego, al reposo y al silencio de la muerte.

Aquel hombre, que durante su vida proveyera con solicitud minuciosa, en sus ejercicios y estatutos, á todos los eventos, mas ó menos probables, de la Compañía, no hizo encargo, ni advertencia, ni reflexion alguna, respecto á su obra; con tan particular olvido, que diríase apagada y extinta para siempre á sus previsores ojos y á su escudriñador presentimiento al trance de la última y suprema hora que siempre ha guardado súbitas revelaciones. ¡Ah! No juntó, ni llamó siquiera, para despedirse con cariño de todos ellos, á los miembros de la Compañía, quienes le auxiliaron con tenaz auxilio, y le sirvieron con servil obediencia: no estatuyó vicario, que se subrogara, en tal tránsito, á él, hasta la designacion del nuevo prepósito general por el voto de la comunidad: nada, en tamaño trance, distinguió su muerte de la muerte mas vulgar, sin duda por no haber acertado á transfigurarse, como tantos otros taumaturgos y fundadores, en las cimas de lo ideal. Todo anuncia en la vida de San Ignacio la proximidad á las edades prosaicas del cálculo positivo y de la política fria. Los discípulos nada presienten, y el padre mismo nada dice, rindiéndose unos y otros, con sumision, á las leyes de la naturaleza y á los decretos de la muerte. No sucedió así en el trance último de San Francisco. La naturaleza entera se asoció á la sublime agonía del seráfico padre, como se asociara en otros tiempos á la sublime agonía del Salvador de los hombres. La tierra de Asís llegó á estremecerse al contacto de aquel cadáver sacro, como la tierra del Calvario al pié de la divina Cruz. Bajaron de las alturas, en aquel momento, las alondras del aire mezcladas con los ángeles

del cielo, y produjeron dos coros de alabanzas, en cuyos acentos melodiosísimos se oían las voces del espíritu mezcladas con las voces del Universo. Lleváronselo en sus alas genios sobrenaturales, que aun lo guardan hoy tras rosadas nubes, en montaña innaccesible, donde, postrado de hinojos, intercederá por el género humano con Dios hasta el fin del mundo y la consumacion del tiempo. Comparad esta muerte, verdaderamente mística, sublime transfiguracion de un redentor en las cimas de la leyenda; comparad la grande alma que se disipa, como nube de incienso; la melodía, que resuena, como *Te-Deum* sonoro, en los giros del aire; las ideas, que llueven del cielo, y las oraciones, que suben del mundo; las ojivas de los tres templos, que se cuajan, y como que se cristalizan á la memoria de tan inspirado santo; comparad todo este conjunto de la tradicion de Asís, diluida en poemas, paletas, esculturas, aristas, rosetones, con la fuga del pobre Ignacio á la campaña romana, esquivándose á las guerras entre su monarca y su Papa; con la fiebre contraída en las lagunas Pontinas; con el descuido, y hasta la indiferencia, de sus discípulos; con la triste falta de toda poesía y de toda leyenda; y comprendereis con facilidad cómo, en el siglo décimotercio, se rejuvenecía la religion por el espíritu democrático de San Francisco, verdadero profeta, y en el siglo décimosexto se agostaba, por haber fiado aquel general singularísimo, aquel combatiente como ningun otro esforzado, aquel político consumadísimo, la salud de la idea cristiana y su desarrollo á la organizacion material y á la fuerza bruta.

La vida clásica de San Ignacio, la vida por Rivadeneira escrita, y en la cual tantas veces hemos fijado el pensamiento y atencion de nuestros lectores, por guardar como la sustancia del jesuitismo, y como la médula de aquel gran cuerpo, habla del movimiento producido por la muerte de Ignacio, como pudiese hablar un hijo cariñoso de la muerte de un padre de familia; pero nada mas. Lo sobrenatural no aparece por ninguna parte. La leyenda, tan fácil de surgir, y de florecer, y de fructificar en los claustros, no tiene punto á donde agarrarse. Allí no se siente, no, esa especie de calor, que da como alas al pensamiento, y lo transfigura en mística plegaria. Si el gentil-hombre de Loyola hubiera continuado su vida profana, residido entre soldados, puesto su mira en el combate y triunfo material, y muerto en los cuarteles, no ago-

nizara, no, entre tanta frialdad, como en su monasterio de militantes eclesiásticos. La única idea, que tiene Ignacio, es la idea del combate; y el solo mérito, que le atribuyen sus discípulos, es el mérito de aquel generalato, parecido á militar autoridad. Para persuadirnos de la verdad completa de nuestras reflexiones basta leer la vida del santo, que pasa por su epopeya, é inscribir en la memoria cuanto dice de la impresion producida por su paso de este mundo, impresion profundísima, es verdad, pero vulgar y ordinaria, como en cualquier casa ó como en cualquier familia. «Porque luego, dice Rivadeneira en el capítulo décimosexto del libro cuarto de su historia, luego despues de su tránsito se siguió en toda la Compañía un sentimiento de suavísimo dolor; unas lágrimas de consuelo; un deseo lleno de santa esperanza; un vigor y fortaleza de espíritu que se veía en todos. De manera que parecia que ardian con unos nuevos deseos de trabajar por donde quiera y padecer por Jesucristo. Varon, por cierto valeroso, y soldado esforzado de Dios, el cual con particular Providencia y merced envió su majestad á su Iglesia, en estos tiempos tan peligrosos, para ir á la mano á la osadía de los herejes que se rebelaban y hacian guerra á su madre. Vése ser esto así claramente, porque, si bien lo consideramos, hallaremos que este santo padre se convirtió de la vanidad del mundo á servir á Dios y á su Iglesia, al mismo tiempo que el desventurado Martin Lutero públicamente se desvergonzó contra la Religion Católica. Y cuando Lutero quitaba la obediencia á la Iglesia romana, y hacia gente para combatilla con todas sus fuerzas, entonces levantó Dios á este santo capitan, para que allegase soldados por todo el mundo, los cuales, con nuevo voto, se obligasen de obedecer al sumo Pontífice, y resistiese con obras y con palabras á la perversa y herética doctrina de los secuaces de Lutero.»

Murió á los sesenta y cinco años de su vida. Treinta tenia cumplidos cuando trocó el uniforme por el sayal. Quien vuelva desde la última hora de tan grande hombre los ojos á sus comienzos, apenas podrá comprender obra tan trascendental y gigantesca y titánica como su obra. Lo mas admirable que hay en toda ella es el esfuerzo individual de su creador y fundador, esfuerzo en el cual adunan con feliz adunanza, tenacidad y atrevimiento, coraje y paciencia. ¡Quién creyera que habia de colocarse á la cabeza del mundo, no por ajena eleccion como los Papas, por propio esfuerzo como los